

LA VIRGEN MARÍA EN LA FORMACIÓN CRISTIANA DE JÓVENES

LUIS MIGUEL MALMIERCA
COLEGIO SAN JOSÉ DE CLUNY
POZUELO

I. MARÍA EN LA VIDA Y ESPIRITUALIDAD JUVENIL

Juan Pablo II, en su carta apostólica *Tertio Milenio Adviente* ofreció a los católicos de la Iglesia universal un camino para que en el nuevo tiempo se produzca como fruto el fortalecimiento de la fe y del testimonio de los cristianos (cf. TMA 42). A este propósito nos dice el Papa: “María, dedicada constantemente a su divino Hijo, se propone a todos los cristianos como modelo de fe vivida” (TMA 43). En Ella, la primera discípula, descubrimos el modelo perfecto de imitación y seguimiento de Jesús. También en la evangelización de los jóvenes, que debemos afrontar con nuevo ardor, lenguaje y métodos, no podemos desaprovechar el tesoro que para la Iglesia supone la Virgen María. Ayudemos a los jóvenes a descubrir o redescubrir a María como lugar de encuentro con Dios, con la propia autenticidad de la persona, y con los hermanos.

Pero, ¿de qué jóvenes estamos hablando? Querríamos que todos ellos se interesaran por el evangelio, pero desgraciadamente no es así... El último estudio de la Fundación Santa María señala que podríamos estar hablando de alrededor de un 40% de jóvenes católicos, que serían aquellos a los que tendríamos acceso eclesialmente. Otro buen número, entre el 25 y el 30%, podríamos encuadrarlo en eso que se ha dado en llamar el catolicismo “sociológico o no practicante”, con apenas vinculación o contacto con lo eclesial. No obstante, la realidad es más compleja, pues independientemente del autoposicionamiento religioso, hemos de recordar el trabajo

evangelizador de las familias. Pero al hablar aquí de una formación cristiana nos referimos a una acción pastoral sistematizada y organizada a través de las instituciones de la Iglesia: parroquias, movimientos (significativo 7% de asociacionismo religioso, según la Fundación Santa María), colegios, etc. En este último caso, por ejemplo, las cifras estiman que el 25% de estudiantes no universitarios asisten a colegios religiosos (según datos de CONCAPA), un 86% de alumnos cursan la asignatura de religión católica en primaria y un 64% en secundaria (según datos de la Conferencia Episcopal Española).

Es decir: no llegamos a todos aquellos a los que querríamos, pero es un buen número el de los jóvenes que de una u otra manera se acercan a la Iglesia y pueden estar interesados en recibir esta formación cristiana.

Posición religiosa, en porcentaje (Jóvenes 2000 y religión)							
Muy buen católico	Católico practicante	Católico no muy practicante	Católico no practicante	Indiferente	Agnóstico	Ateo	Otra religión
3	12	23	28	16	6	10	2

¿Cuál es el perfil de esta juventud? No es este el lugar para detenernos en análisis sociológicos, aunque un primer dato a tener en cuenta es que nuestros jóvenes participan de un ambiente general (posmodernismo, relativismo, sociedad de consumo...) del que no podemos hacer abstracción y que también influye en ellos. Aunque al mismo tiempo, hemos de ser conscientes de que, si bien lo explícitamente religioso puede no ser siempre una de sus prioridades, laten en los jóvenes valores positivos de respeto, lealtad, solidaridad, superación, etc. Los jóvenes de hoy no son mejores ni peores que los de tiempos pasados, sino simplemente distintos en algunos acentos o intereses, que hemos de conocer y apreciar para poder lograr enfocarlos de un modo positivo.

Importancia de valores (de 1 a 10)	
Capacidad para disfrutar	8,82
Tolerancia y respeto	8,74
Honradez, lealtad	8,49
Sentido de responsabilidad	8,22
Solidaridad	8,07
Independencia, autonomía	8,06
Esfuerzo en el trabajo	8,03
Buenos modales	7,88
Imaginación, creatividad	7,55
Cuidado aspecto físico	7,34
Curiosidad	6,76
Obediencia	6,15
Interés en lo social y político	4,71
Fe religiosa	3,49

Importancia en la vida (de 1 a 10)	
Buenas relaciones familiares	8,76
Ganar dinero	8,34
Vivir como a uno le guste	8,26
Tener muchos amigos	8,23
Tener éxito en el trabajo	8,17
Vida sexual satisfactoria	8,10
Buen nivel cultural-profesional	7,97
Llevar una vida moral digna	6,97
Respetar la autoridad	6,52
Mejorar el barrio o comunidad	5,71
Interesarse por temas políticos	3,76
Cuestiones religiosas-espirituales	3,16

Fuente: INJUVE. Jóvenes y estilos de vida

De modo general podemos señalar que entre los jóvenes católicos se dan dos tipos de perfil, bastante equilibrados en su distribución aunque con un mayor peso en el segundo caso (de nuevo según el estudio *Jóvenes 2000 y religión*, de la Fundación Santa María):

- Católicos “eclesiales”: son los que mejor opinión tienen sobre la Iglesia. Priman en ellos manifestaciones de una moral privada y de ética sexual y pro vida, pero dejando

en un segundo plano la dimensión específicamente religiosa de creencia en Dios y de la oración, así como la dimensión más social de ayuda a los necesitados. No valoran especialmente el éxito profesional ni las relaciones de amistad, lo que se traduce a veces en un cierto retraimiento social. Son los más alejados de la imagen mayoritaria del joven actual. Su idea de Dios se inclina ligeramente más hacia la del Dios Creador y Juez que a la de Dios Padre.

- Católicos “terrenales”: su práctica religiosa es más irregular que la del grupo anterior aunque nítidamente superior a la de la media de la juventud española, y mantienen en general una actitud positiva hacia la Iglesia, especialmente con las obras de ayuda a los más necesitados, pero están muy distanciados de los preceptos cristianos en torno a las relaciones sexuales. Se preocupan más por el éxito y el dinero, y valoran fuertemente las relaciones de amistad. Son jóvenes equiparables en muchas cosas a la juventud actual en general. Su idea de Dios es más próxima a la de un Padre que les cuida y ama.
- El resto de la población juvenil se distribuiría entre católicos no practicantes, indiferentes o ateos.

¿Qué concluimos de aquí? A la luz de estos perfiles, parece claro que hay algunas claves que reforzar en nuestra acción con jóvenes:

- el cristocentrismo y su referencia a un Dios Padre amoroso;
- la dimensión, evangélica y eclesial, de la opción preferencial por los pobres y el compromiso en su favor;
- la conexión Evangelio-Iglesia, y el sentido de pertenencia a esta última;
- la dimensión moral de la sexualidad frente a una privatización de la misma;
- la inserción profunda en nuestra cultura y entre los propios jóvenes, acogiendo y valorando su realidad para acompañarla, sin crear “refugios” desencarnados.

¿Qué papel puede desempeñar María en la formación cristiana de jóvenes que responda a estos retos? Esta es la pregunta a la que a lo largo de las siguientes páginas vamos a

tratar de dar algunas respuestas, aunque necesariamente humildes e incompletas.

Pero, en coherencia con este comienzo y ese propósito de tener en cuenta la propia realidad juvenil, detengámonos un momento en tomar en cuenta cómo está presente María entre los jóvenes:

- Dos terceras partes de los jóvenes españoles aceptan como cierta la existencia real de la Virgen María.
- La mitad reconoce su condición de Madre de Dios.
- Sólo un tercio declara practicar alguna forma de devoción mariana.

Creencias sobre la Virgen María, en porcentaje (Jóvenes 2000 y religión)			
	La Virgen María existió realmente	La Virgen María es Madre de Dios	Tengo alguna forma de devoción a la Virgen María
TOTAL	65	49	33
<i>Posición religiosa</i>			
Muy buen católico	65	96	66
Católico practicante	92	85	66
Católico no muy practicante	70	52	54
Católico no practicante	70	52	27
Indiferente	46	19	8
Agnóstico	35	10	7
Ateo	17	2	2
Otra religión	66	52	5

De estos datos podemos concluir algunas ideas:

- Respecto a la creencia en la existencia real de Jesucristo, hay un descenso de 10 puntos (75% frente a 65%). Resulta muy llamativa el dato de los autoposicionados como “muy buenos católicos”, donde esta creencia en la existencia real de María es sólo de un 65%, a mucha distancia del 96% con que creen en su condición de Madre de Dios. Esta diferencia parece apuntar a una preocupante consideración divinizada y desencarnada de María entre algunos de los jóvenes creyentes.

La creencia en que Jesús es Hijo de Dios alcanza el 55%, 6 puntos porcentuales por encima de la que alcanza la creencia en María como Madre de Dios. Si las cifras son similares en casi todos los grupos de creencia, la diferencia global se explica por el grupo de “católicos no muy practicantes”, donde la diferencia es de 80%-52%. Es decir, para aquellos jóvenes de mayor creencia así como para los más alejados, la creencia en Jesús y en María va de la mano (para bien en cuanto que fe en ellos, o para mal en cuanto que indiferencia), mientras que María es una figura más desconocida para aquellos otros de fe más tibia o menor práctica religiosa.

También las prácticas de devoción mariana (33%) son menores si las comparamos con otras como la asistencia a la Eucaristía (43%, aunque con diversa periodicidad), o la oración (47%, aunque igualmente con diversa frecuencia). En este caso llama la atención poderosamente que sólo dos tercios de los autopoicionados como “muy buenos católicos” o “católicos practicantes” tengan presente a María en la vivencia de su fe.

La realidad es dispar pero, en síntesis, este panorama nos habla de que la figura de María es a veces deformada, desconocida, o secundaria, incluso entre buen número de los jóvenes creyentes. Evidentemente, este panorama nos lanza el reto de una adecuada presentación, en lo teológico y lo pastoral, de la Virgen. A este propósito nos dedicaremos a continuación.

II. LA FORMACIÓN MARIANA EN EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA

1. *El concilio Vaticano II*

El concilio Vaticano II no hace mención específica sobre cómo presentar a María a los jóvenes, a excepción de la referencia a su papel en la formación de los seminaristas: “amen y veneren con amor filial a la Santísima Virgen María, que al morir Cristo Jesús en la cruz fue entregada como madre al discípulo” (OT 8); recomendación que se hace extensiva a los jóvenes en general al tratarse la espiritualidad de los seglares: “el modelo perfecto de esa vida espiritual y apostólica es la Santísima Virgen (...) Hónrenla todos devotísimamente y

encomienden su vida y apostolado a su solicitud de Madre” (AA 4).

Sin embargo, por supuesto, las orientaciones generales del Vaticano II, expresadas fundamentalmente en la constitución dogmática *Lumen Gentium*, son básicas y han de guiar también la formación cristiana de jóvenes. Las notas características de la mariología del Vaticano II son:

- por un lado, su sentido histórico-salvífico (LG 55-59). Se ilustra la participación de María en la historia de la salvación, exponiendo las múltiples relaciones que se dan entre la Virgen, el Padre, Cristo, y el Espíritu Santo.
- Y por otro su sentido eclesiológico (LG 60-65). María es señalada, en virtud de Cristo, como miembro supereminente, Madre, modelo, y primicia de la Iglesia.

Estos enfoques cristalizan en el tratamiento del culto a María (LG 66-67), en el que se exhorta tanto a tener cuidado con “toda falsa exageración” como con una “excesiva estrechez de espíritu al considerar la singular dignidad de la Madre de Dios” (LG 67). Se remite el culto mariano al del Verbo Encarnado, aunque se recuerda que aquel “difiere esencialmente del culto de adoración” debido sólo a Dios (LG 66), y se insiste en que “la verdadera devoción no consiste ni en un afecto estéril y transitorio, ni en una vana credulidad sino que procede de la fe verdadera, por la que somos conducidos a conocer la excelencia de la Madre de Dios y somos excitados a un amor filial hacia nuestra Madre y a la imitación de sus virtudes” (LG 67). Al situar las declaraciones sobre la Virgen en esa perspectiva histórico-salvífica, el Concilio advierte sobre el peligro de un discurso separado sobre María respecto al Misterio central de la revelación y salvación de Dios al hombre y en la historia. La Iglesia desea una presentación mariana que no sea ajena a la condición humana, sino solidaria y participe de ella. De ahí la congruencia con la segunda orientación conciliar, la eclesiológica, que subraya la íntima unión de María y la Iglesia, y que advierte contra una posible tendencia a la privatización o al individualismo en el culto a María.

Recordemos cómo, en buena manera, en los tiempos anteriores al Concilio se dio un incremento progresivo del culto mariano acompañado a veces por un excesivo celo en la propagación de formas de devoción que parecían “sacar” a la Vir-

gen del concierto divino de la creación y la gracia. El Concilio trata de dar respuesta a esos peligros con la promoción activa del culto a María en la Iglesia pero desde la orientación cristocéntrica, trinitaria, eclesial, y en la exhortación a evitar toda forma de desfiguración.

2. *El magisterio postconciliar*

El magisterio postconciliar está marcado por dos grandes hitos: la exhortación apostólica *Marialis Cultus* de Pablo VI (aunque podemos recordar también la encíclica *Christi Matri*, y la exhortación *Signum Magnum*), y la encíclica *Redemptoris Mater* de Juan Pablo II. A continuación repasaremos también, aunque de modo sintético, sus principales enseñanzas.

En la exhortación *Marialis Cultus* se precisa el esbozo conciliar sobre la inserción del culto a la Virgen María en la liturgia, y al tratar también una orientación antropológica de la piedad mariana, se trata de aplicar a la praxis la visión del Concilio sobre la devoción mariana: “Ciertas prácticas culturales, que en un tiempo no lejano parecían apropiadas para expresar el sentimiento religioso de los individuos y de las comunidades cristianas, parecen hoy insuficientes o inadecuadas porque están vinculadas a esquemas socioculturales del pasado” (MC, introducción). “La veneración de los fieles hacia la Madre de Dios ha tomado formas diversas según las circunstancias de lugar y tiempo, la distinta sensibilidad de los pueblos y su diferente tradición cultural. Así resulta que las formas en que se manifiesta dicha piedad, sujetas al desgaste del tiempo, parecen necesitar una renovación que permita sustituir en ellas los elementos caducos, dar valor a los perennes e incorporar los nuevos datos doctrinales adquiridos por la reflexión teológica y propuestos por el magisterio eclesiástico. Esto muestra la necesidad de (...) una genuina actividad creadora y (...) una diligente revisión de los ejercicios de piedad a la Virgen; revisión que querríamos fuese respetuosa para con la sana tradición y estuviera abierta a recoger las legítimas aspiraciones de los hombres de nuestro tiempo” (MC 24).

Se trata, como puede apreciarse, de una apuesta por la atención a las líneas del cambio sociocultural, en el más puro estilo del Vaticano II. Se proponen además vías para el

encuentro con María, propuestas ricas en el plano antropológico: a María se la puede encontrar en la historia de la salvación y en el Evangelio, así como en el esfuerzo cotidiano por verla siempre como mujer: “En el culto a la Virgen merecen también atenta consideración (...) las actuales concepciones antropológicas y la realidad sociológica, profundamente cambiada, en que viven y actúan los hombres de nuestro tiempo. Se observa, en efecto, que es difícil encuadrar la imagen de la Virgen, tal como es presentada por cierta literatura devocional, en las condiciones de la sociedad contemporánea y en particular de las condiciones de la mujer” (MC 34). Las consecuencias son manifiestas: “deriva de ahí para algunos una cierta falta de afecto hacia el culto a la Virgen y una cierta dificultad en tomar a María como modelo, porque los horizontes de su vida –se dice– resultan estrechos en comparación con las amplias zonas de autoridad en que el hombre contemporáneo está llamado a actuar” (MC 34). “Las dificultades a las que hemos aludido están en estrecha conexión con algunas connotaciones de la imagen popular y literaria de María, no con su imagen evangélica ni con los datos doctrinales” (MC 36). “Deseamos en fin, subrayar que nuestra época (...) está llamada a confrontar sus concepciones antropológicas y los problemas que derivan de ellas con la figura de la Virgen tal cual nos es presentada por el Evangelio” (MC 36).

Alude Pablo VI a un problema real del postconcilio, muy a pesar de estas orientaciones: a los excesos del culto a la Virgen le sucedió una disminución, un sensible oscurecimiento, significados en la regresión y a veces desaparición de prácticas religiosas tradicionales en honor a María, como el rosario, el mes de mayo, las procesiones, etc., pero sobre todo la pérdida de interés general por el tema mariano, el silencio en la formación cristiana por temor a que esta devoción complicara o infantilizara a los cristianos. Desgraciadamente, en un momento dado, la devoción mariana tiende a parecer accesoria, sobrepuesta, secundaria, y en cierto modo artificial.

La formación de jóvenes no ha sido ajena a estas crisis, y buena parte de los problemas señalados se manifiestan también hoy. No obstante, se está gestando en la Iglesia un redescubrimiento de María a través de una experiencia cristiana más basada en la Biblia y más en consonancia con las urgencias actuales. Buen exponente de este camino es la encíclica

Redemptoris Mater de Juan Pablo II que, en la línea de *Lumen Gentium* y de los documentos del Magisterio del postconcilio, confirma el planteamiento cristológico y eclesiológico de la mariología, necesario para que ella revele toda la gama de sus contenidos. Puede considerarse la Encíclica de la presencia operante de María en la vida de la Iglesia, en su recorrer el camino de la fe, en su culto, en su evangelización.

Después de una prolongada meditación sobre la condición de “Bienaventurada” de María, por su haber creído, el Santo Padre explica la “presencia materna” de la Virgen en el camino de la fe, conforme a una línea teológica y otra de tipo espiritual-pastoral:

- la Virgen, que estuvo activamente presente en la vida de la Iglesia -en su comienzo (la Encarnación), en su fundación (Caná y la cruz), y en su manifestación (Pentecostés)- es una presencia operante a través de toda su historia; es más, se encuentra en el “centro de la Iglesia en camino” (II parte de la Encíclica *Redemptoris Mater*), en la que desarrolla una múltiple función: de cooperación al nacimiento de los fieles a la vida de la gracia, de ejemplaridad en el seguimiento de Cristo, de “mediación materna” (III parte de RM).
- el gesto con el que Cristo confió el discípulo a la Madre y la Madre al discípulo (Jn 19, 25-27) ha determinado una relación estrechísima entre María y la Iglesia. Por voluntad del Señor una “nota mariana” marca a la Iglesia, su camino, su actividad pastoral; y en la vida espiritual de cada discípulo va innata una “dimensión mariana” (RM 45, 46).

Más allá de *Redemptoris Mater*, Juan Pablo II ha hecho continuas referencias a María a través de los Mensajes para las Jornadas Mundiales de la Juventud. Intentando hacer síntesis de ellos, el Papa propone a los jóvenes los siguientes rostros de María:

- la humilde servidora del Señor, que creyó en el amor del Padre (II Jornada, 1987)
- la Maestra de la que aprender lo que significa ser hijos de Dios (VI Jornada, 1991)
- la Madre de la Iglesia, que nos comunica el secreto de cómo acoger a su Hijo en nuestra vida para hacer lo que Él nos diga (IX y X Jornadas, 1994-1995)

- la Estrella de la evangelización, que aceptando su misión en el plan de la salvación se convierte en modelo de todos los discípulos de Cristo (XII Jornada, 1997)
- la Esposa del Espíritu, cuya oración y celo misionero expresa la plenitud de la Iglesia de Pascua y Pentecostés (XIII Jornada, 1998)
- la Hija predilecta del Padre que acogió libremente y respondió con disponibilidad al don de Dios (XIV Jornada, 1999)
- la Aurora que precede el nacimiento del Sol de Justicia que es Cristo, cuyo ejemplo ha de impulsarnos a ser testigos de esperanza, amor y paz (XV Jornada, 2000)
- la mujer contemplativa que enseña a fijar la mirada en Jesús y modela en nosotros un corazón también contemplativo (XIX Jornada, 2004)
- la Mujer eucarística y Madre de la Sabiduría que nos enseña lo que es bueno, verdadero y bello, llevándonos a Cristo, lo único que puede satisfacer las esperanzas y aspiraciones de nuestro corazón e inteligencia (XX Jornada, 2005)

III. CLAVES TEOLÓGICO-PEDAGÓGICAS DE LA FORMACIÓN MARIANA

Del repaso al Magisterio podemos concluir la existencia de tres grandes dimensiones o claves teológicas en María:

Cristológico-salvífica: María, por su íntima participación en la historia de la salvación “reúne en sí y refleja en cierto modo las supremas verdades de la fe” (LG 65). En María “todo es relativo a Cristo” (MC 25). De ahí se deduce que “sólo en el misterio de Cristo se aclara plenamente su misterio (RM 4), y que, cuanto más profundiza la Iglesia en el misterio de Cristo, tanto más comprende la singular dignidad de la Madre del Señor y su papel en la historia de la salvación. María es expresión particular de la cooperación de la criatura en la obra de Dios en la historia de la salvación, suscitada y sostenida por la mediación de Redentor. María nos presenta el reto de ser cooperadores de la salvación; también la Iglesia y cada cristiano están llamados a desarrollar una función salvífica: “Nosotros somos colaboradores de Dios” (1 Co 3,9). María per-

sonifica el camino de la historia humana y de cada cristiano en la obra de la salvación.

Eclesiológica: En estrecha conexión con esta orientación salvífica sigue la eclesiológica, como motivo de reflexión sobre el valor de la dimensión comunitaria del pueblo de Dios. En María todo está relacionado con el misterio de la Iglesia. De ahí que, en la medida en que se profundiza en la Iglesia, resplandece más nitidamente María, mientras que, contemplando a María, la Iglesia conoce mejor su naturaleza, su misión de gracia y el camino de fe que debe recorrer (RM 2).

Antropológica: el magisterio postconciliar, sobre todo *Marialis Cultus*, invita a una búsqueda que parta de la actual situación cultural para “descubrir cómo María puede ser tomada como espejo de las esperanzas de los hombres de nuestro tiempo” (MC 37). En concreto, se ha hecho notar la necesidad de poner de relieve su “imagen histórica” de humilde mujer hebrea, y de mostrar sus valores humanos, permanentes y universales, de forma que el estudio de María ilumina el estudio sobre el hombre. En María todo es relacionable con el hombre de todo lugar y tiempo, como “verdadera hermana nuestra” (MC 56) y “unida en la estirpe de Adán con todos los hombres necesitados de salvación” (LG 52). Por su condición de “perfecta seguidora de Cristo” (MC 53) y mujer que se ha realizado completamente como persona, en ella encontramos el símbolo que alcanza las aspiraciones más íntimas de la inteligencia, la voluntad y el corazón humanos, abriéndose a Cristo por el Espíritu.

A la hora de plantearnos el papel de María en la formación cristiana de jóvenes, parece que nos encontramos, pues, antes dos grandes retos: por una parte la fidelidad a dichas claves, y por otra la presentación pedagógica de las mismas. En este sentido, encontramos auxilio y luz si miramos a aquella otra parte del Magisterio que hemos de tener en cuenta en el tema que nos ocupa: el referido específicamente a la Pastoral de Juventud. La búsqueda de una confluencia entre ambas temáticas –mariología y pastoral juvenil– es el propósito al que nos enfrentaremos ahora.

Existe un paralelismo entre las tres dimensiones de María destacadas y las claves en que el documento *Jóvenes en la Iglesia, Cristianos en el Mundo* de la Conferencia Episcopal Española expresa los objetivos de la pastoral de juventud y la

pedagogía adecuada para desarrollarlos. Este documento, adaptación en clave de jóvenes del *Cristianos Laicos, Iglesia en el Mundo* (que a su vez sigue directamente las claves y orientaciones de *Christifideles Laici* de Juan Pablo II), señala como horizonte del trabajo pastoral con jóvenes la integración fe-vida en la comunidad cristiana: “Es evidente que el objetivo fundamental del itinerario de la evangelización y educación en la fe de los jóvenes, es que el joven descubra en Cristo la plenitud de sentido y el sentido de la totalidad de su vida, y busque la más plena identificación con El, con todas sus implicaciones, santidad de vida, la vida según el Espíritu, la configuración con Cristo. Por ello toda pastoral con jóvenes ha de proponer y animar el encuentro personal y comunitario del joven con Cristo vivo que es, al mismo tiempo, el origen y el camino de este proceso. Ha de impulsar y además facilitar la participación en la vida de la comunidad y ha de promover y acompañar su compromiso en la acción evangelizadora de la Iglesia a favor del hombre y de la sociedad” (JICM, II parte).

A continuación desgranaremos esos paralelismos, según el siguiente esquema:

Dimensión antropológica	Objetivo: acoger la vida	Una pedagogía que parte de la experiencia
Dimensión salvífica	Objetivo: síntesis fe-vida	Una pedagogía que libera y transforma
Dimensión eclesiológica	Objetivo: integrar en la Iglesia	Una pedagogía que crea comunidad

1. *Hacia la acogida de la vida. Pedagogía de la dimensión antropológica de María*

El punto de partida, como el mismo documento señala, habrá de ser la situación concreta de cada joven: “La pastoral de juventud tiene como destinatario al joven en su situación concreta. Para que la pastoral de juventud sea auténticamente evangelizadora ha de ser oferta de sentido, adecuada a la concreta y diversa situación de los jóvenes, tanto por los ambientes como por sus ocupaciones” (JICM, I parte). Esta opción es la que queremos ver subrayada en la presentación de María en clave antropológica a la que nos hemos referido en la literatura conciliar y postconciliar.

Y esta perspectiva reclama una determinada pedagogía que la desarrolle, la abarque, sea coherente con ella. Una pedagogía que, en definitiva, nada más y nada menos, parta de la propia experiencia de los jóvenes, como “elemento central de la pedagogía, del método y de las técnicas que se van a utilizar” (JICM, VI parte, 1.1). La experiencia no puede ser objeto de una mera alusión puntual, o excusa de la que partir para dar una doctrina o una formación. La experiencia es, teológicamente comprendida, la que permite encontrarse con el “Dios de la vida”, que ya está presente y actuante en la realidad de los jóvenes. El Dios que salva y libera no es un personaje ausente de las situaciones de la persona, que hayamos de introducir con nuestro esfuerzo. Dios es el Señor del mundo, y es desde la vida misma desde donde nos llama a la conversión y a la transformación.

María es el ejemplo perfecto de este modo de proceder: quien sabe reconocer las huellas de la actuación de Dios en su propia existencia, quien se sabe viviendo, moviéndose, existiendo en Él. La exaltación idealizada, despersonalizada, de la persona y la misión de María ha de ser corregida pues puede parecer ajena y extraña a los jóvenes, difícilmente imitable, y en definitiva, contrariamente a lo que se pretende, fría y distante. Por el contrario, presentar a la María histórica y bíblica nos sitúa precisamente ante la que es verdaderamente digna de devoción y modelo perfecto del cristiano. Y el modo coherente de hacerlo no puede ser otro que buscar la conexión, la identificación, la interpelación que supone hacia otras vidas concretas, las de nuestros jóvenes, de cuyas preocupaciones, intereses, contradicciones, habremos de partir para que, iluminando y discerniendo esas vivencias desde María, Ésta pueda ser un referente significativo y comprensible, sugerente por empático, eficaz por acogedor, interpelante por cercano a su propia realidad.

2. Hacia la síntesis fe-vida. Pedagogía de la dimensión salvífica de María

Partiendo de ese punto, el objetivo no puede ser otro que unificar esa experiencia vital con la fe en Dios, el Padre revelado en su Hijo Jesucristo. Éste se presenta con esta Buena Noticia: Dios está cerca, la humanidad está siendo trabajada

por la fuerza salvadora de Dios. En Jesús, el Redentor, el Salvador, se hace presente que estamos llamados a construir por la fuerza del Espíritu. Jesús nos propone el programa básico de ese Reino en las bienaventuranzas, un proyecto de vida conducente a la felicidad a través de la entrega, el servicio, la fraternidad, la liberación de las personas.

Esta perspectiva coincide con la dimensión cristológica-salvífica de María a la que aludimos con anterioridad. Si queremos integrar la formación mariana en la formación cristiana general y que ésta tenga un calado en la vida de los jóvenes, hemos de cuidar nuevamente no transportar a María a un plano de intimidad inaccesible con Jesús, o a una salvación desencarnada. Más bien, la inseparabilidad existencial de María y el Señor ha de ser presentada como expresión de la intimidad entera de Dios con el género humano, en un talante pascual, anticipador de la victoria definitiva sobre el mal, el pecado y la muerte. En María aquel que es la vida se hace vida para, asumida nuestra condición, salvarla y llevarla a su plenitud. Y esto no sucede en la pasividad de una vida parada, apocada ante lo que genera sufrimiento en el hombre, sino en el esfuerzo, vivido en el Espíritu, de construir ya hoy el Reino de Dios, de trabajar por la comunión entre todos los hombres y especialmente con los más desfavorecidos, expresión de nuestra esperanza activa en la realización plena de todas nuestras ansias en comunión con Dios.

Por ello, la dimensión cristológico-salvífica de María reclama una pedagogía que sea capaz de transformar y liberar las conciencias y el entorno de los jóvenes de hoy. Haber partido de la experiencia personal, tal como hemos planteado en el punto anterior, nos sitúa ante la complejidad de la realidad, donde percibimos mejor los condicionamientos sociales, políticos, económicos y culturales, y la necesidad de afrontar un cambio de vida, tanto en lo personal como en lo social. El propósito de lograr la síntesis entre la fe y la vida, de que el joven crezca en su sentirse salvado por Cristo y llamado a ofrecer esa salvación, el objetivo de que la persona sea evangelizadora y no solamente cristiano de forma "sociológica", sólo puede realizarse por medio de experiencias de vida que incluyan el compromiso real y encarnado por transformar el entorno de su propia vida joven.

3. *Hacia la integración en la Iglesia. Pedagogía de la eclesialidad de María*

Finalmente, el JICM señala que la Iglesia es el lugar de referencia comunitaria para la vida cristiana para que esa unidad fe-vida sea posible. El seguimiento de Jesús se realiza en el seno de la comunidad. Por eso confesamos nuestra creencia en la Iglesia, que es también objeto de nuestra fe y destinataria de nuestra adhesión creyente. Porque creer en la Iglesia es descubrir su verdadero misterio, su ser espacio y medio de salvación porque la acción salvadora de Dios, presente y activa en el mundo por el Espíritu, se hace consciente de modo explícito en la Iglesia y suscita una comunidad que movida por ese mismo Espíritu acepta a Jesús como Señor y al evangelio como pauta de vida y es llamada a testificarlo y anunciarlo al mundo.

Este objetivo nos remite a la dimensión eclesiológica de María. Su figura puede desempeñar un papel fundamental a la hora de educar en la pertenencia eclesial a los jóvenes. Poniendo cuidado en no ofrecer una visión individualista o aislada de la Virgen, ha de insistirse en la solidaridad profunda de María con toda la comunidad de los hijos de Dios. La maternidad de María para con el Emmanuel, el Dios-connosotros hace posible el encuentro de Dios con la humanidad, por lo que a la par que Madre de Dios la Virgen es Madre de todos los hombres. Su maternidad, biológica y espiritual, se convierte en don compartido y nos abre a una dimensión nueva de vida familiar en la Iglesia. Su presencia nos invita a la comunicación auténtica, su rostro de Madre es espejo en el que mirarse la Madre Iglesia.

Este horizonte reclama de nuestra pastoral una pedagogía que cree comunidad en los jóvenes y con los jóvenes. Una pedagogía que transforme y libere, como aquella de la que antes hemos hablado, requiere necesariamente de una experiencia comunitaria intraeclesial que prepare y eduque para unas relaciones personales nuevas y fraternas. La comunidad cristiana ha de ofrecer una experiencia de comunión y participación, que sirva a los jóvenes de refuerzo y confirmación de los pasos dados, y que sea motivadora de una creatividad y una comunicación más amplia. Reconozcámoslo, dedicamos muchos esfuerzos y recursos a la pastoral con jóvenes, pero a

menudo éstos pintan más bien poco en el diseño, desarrollo o revisión de nuestros proyectos. Es un reto lograr que los jóvenes pasen de meros receptores a un modo de hacer en el que puedan sentirse protagonistas y corresponsables, favoreciendo su participación activa, el acompañamiento mutuo entre ellos y, claro que también, el dejarnos evangelizar por ellos, como dinámica más honda de una Iglesia de testigos todos de la Buena Noticia.

IV. MEDIOS PARA UNA FORMACIÓN MARIANA EN LOS JÓVENES

En cuanto a los instrumentos o medios de formación mariana, lo cierto es que estos no pueden ser muy distintos a los que ya se vienen usando, no se trata tanto de inventar nuevas vías como de asegurar que éstas se recorran eficaz y fielmente. La dimensión mariana de la pastoral con jóvenes no puede consistir en la simple mención, por muy repetida que sea, de su nombre en nuestras catequesis u oraciones, ni en la proposición descontextualizada de una serie de gestos desenraizados del camino de formación cristiana integral.

La oración, los ejercicios espirituales, retiros, o el silencio en general, donde el joven puede ir más allá de lo cotidiano de su vida, profundizando en ella en apertura a una lectura creyente de la presencia de Dios y una revisión de su propio proyecto de vida. El modelo de María puede suponer aquí una referencia para su propio proceso de fe, un estímulo sugerente, una compañía alentadora para la propia conversión y maduración en el seguimiento de Jesús.

En particular, hemos de destacar aquí la expresión ya clásica de devoción mariana que es el rosario, revitalizado en los últimos tiempos con la carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae* de Juan Pablo II. En ella se recuerda el carácter de contemplación del misterio cristiano que esta práctica debe tener, llevándonos a Jesús a través de María. El Papa se refiere explícitamente a los jóvenes al señalar: “Se puede objetar que el rosario parece una oración poco adecuada para los gustos de los chicos y los jóvenes de hoy. Pero quizás esta objeción se basa en un modo poco esmerado de rezarlo. Por otra parte, salvando su estructura fundamental, nada impide

que, para ellos, el rezo del rosario –tanto en familia como en los grupos– se enriquezca con oportunas aportaciones simbólicas y prácticas, que favorezcan su comprensión y valorización. (...) Si el rosario se presenta bien, estoy seguro de que los jóvenes mismos serán capaces de sorprender una vez más a los adultos, haciendo propia esta oración y recitándola con el entusiasmo típico de su edad” (RVM 42).

También a través de la liturgia, en el recorrido de su calendario desde adviento a pentecostés, podemos celebrar a María junto con Cristo. La eucaristía, centro de la vida cristiana, supone experimentar, vivir, celebrar, lo que creemos. Una fuerte experiencia eucarística tiene necesidad de la presencia, discreta pero obligada, de María, cuya vida entera fue “eucarística”, de acción de gracias a Dios. Su “haced cuanto Él os diga” nos lleva al “haced esto en memoria mía”. La eucaristía transforma en momentos de vida los misterios de nuestra fe que contemplamos en el rosario, ante lo cual vivimos en actitud de alabanza por aquello que alimenta nuestro pobre ser, en el humilde reconocimiento de nuestra necesidad, en la espera confiada de “que se haga en nosotros según su Palabra”.

Por supuesto, la catequesis, las clases de religión, las charlas formativas, etc. serán medios adecuados y necesarios para la presentación de María a los jóvenes. Además de la creatividad y lenguajes pertinentes, es de primordial importancia el asegurar el estudio de la biblia en estas actividades. Se trata de asegurar una presentación lo más fiel posible a la figura de María tal cual nos es revelada en la Palabra de Dios. María de Nazaret, la Hija de Sión, la Mujer Nueva, no es una persona con la que nos encontramos de refilón, sino un punto de inflexión que une a la humanidad con la salvación de Cristo. Conocer la biblia es imprescindible para acceder a la caracterización histórica, antropológica y teológica de María que permita que Ésta alcance toda su significatividad de modelo del creyente.

También el arte, la imagen, la música, tan queridos como medios de expresión de la juventud pueden ser recursos de una pastoral mariana. La belleza de estos modos de comunicación remite a la belleza profunda del misterio de María y de Dios, son “iconos” cuyo valor sobrepasa lo estético hacia lo trascendental.

No obstante la validez de estos medios, hemos de advertir que su uso ha de estar presidido por algunos criterios que hagan que alcancen todo su significado. Por supuesto, la primera fidelidad se debe al anuncio de Cristo, cuyo engarce con la devoción mariana ha de ser explícito, pero además, han de enfocarse desde las claves pedagógicas anteriormente señaladas: propiciando el protagonismo y la realidad juvenil, ligados al compromiso, y de modo comunitario. Los medios que usamos han de ser fieles a la historia y la experiencia de los jóvenes. Por ello, podemos añadir a los anteriores un par de medios cuyo olvido tememos puede ser relativamente frecuente:

El compromiso en la transformación de la realidad. Es preciso desterrar ese erróneo dualismo que confronta espiritualidad y misión, como si la una pudiese vivirse sin la otra. No hay espiritualidad cristiana auténtica sin plasmación real y concreta en el trabajo por sembrar el Reino de Dios en las circunstancias sociales e históricas que nos han tocado vivir, del mismo modo que no hay ejercicio del amor cristiano que pueda vivirse desenraizado de la vivencia cotidiana, orada y celebrada del amor de Dios. Si el Espíritu de Dios sopla en el mundo y en los hombres de buena voluntad, el trabajo apostólico no puede ser lugar de “desgaste” espiritual, sino concreción y alimento de nuestra fe. La presencia de María en la pastoral juvenil requiere estar bien enraizados en la historia. Recordemos la insistencia que sus orientaciones hacen en una pastoral que sea capaz de transformar y liberar el entorno social. María aporta el sentido de realidad e indica la dirección del camino de una existencia que se orienta hacia el encuentro total con Cristo a través de la fraternidad humana. En María se armonizan el compromiso histórico y el encuentro con Dios. Por eso el amor y devoción a la Virgen llama a comprometerse, y el compromiso puede ser lugar de formación mariana. En especial, el compromiso con los más pobres, que prolonga la encarnación de Cristo entre ellos y su acción liberadora, vivida hoy como opción preferencial de la Iglesia.

La revisión de Vida. Aunque hablemos de ella en último lugar, las Orientaciones de pastoral de juventud la sitúan como verdadera clave y ejemplo de metodología activa en el trabajo pastoral con jóvenes. En su triple dinámica de ver-

juzgar-actuar, este método alcanza los frutos de leer la propia vida desde el evangelio, en clave de conversión personal y estructural, y hacia la búsqueda de una unión fe-vida, realidad-Reino de Dios. Si bien todos los medios son susceptibles de favorecer una dimensión existencial de la formación cristiana y mariana, la experiencia avala a la Revisión de Vida como el más adecuado con jóvenes para unificar y potenciar el propio proceso de fe, incluyendo el educarse en la vivencia sacramental, oracional y del compromiso. María ha de tener una presencia en esta revisión de vida, como modelo existencial del tipo de persona que realiza el proyecto de salvación en la búsqueda de la voluntad de Dios. Y la revisión de vida es método que puede ayudar a recorrer ese mismo camino mariano, de síntesis entre fe y vida.

V. ROSTROS DE MARÍA PARA LA JUVENTUD ACTUAL

Del mismo modo en que también el Papa nos propone en la carta apostólica *Novo Milenio Ineunte* la contemplación del rostro de Cristo, señalando que “los hombres de nuestro tiempo, quizá no siempre conscientemente, piden a los creyentes de hoy no sólo “hablar” de Cristo, sino en cierto modo hacérselo ver” (NMI 16), proponemos ahora algunos posibles “rostros de María” (cabrían muchos otros) para ser presentados y contemplados por nuestros jóvenes. Evidentemente, no se trata de “reinventar” ahora un personaje más atrayente al uso de las modas, una heroína de acción, una “famosa” admirada, sino de contemplar a María misma, tal cual es, en la confianza de que la “Estrella de la nueva evangelización” (NMI 58) nos guíe seguros hacia Cristo.

1. *María, escuela de identidad. “Bienaventurada tú que has creído”* (Lc 1,45)

El punto del que debemos partir es que la bienaventuranza de María no está en haber logrado ser madre de Dios, sino en haber creído en Él. “Dichosos lo que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica” (Lc 11,28). La maternidad es consecuencia de su fe. Esta es la gran clave de María: su vida

da fruto porque tiene claro su proyecto de vida, realizado y asumido en libertad, que no es otro que hacer la voluntad de Dios. María depende por completo de la voluntad divina y está dispuesta a ponerse totalmente a disposición de Dios. Su misterio consiste en su firme convencimiento de que es “propiedad de Dios”, al cual orienta su vida por entero.

En la relación entre Dios y el hombre sólo puede darse en clave de gratuidad y libertad. Dios se nos ofrece así, y espera sin violentarnos que respondamos a esa oferta de comunión, el amor no se impone. En la anunciación, con su “sí”, María opta por Dios y reabre a la humanidad entera la posibilidad de la comunión libre con Dios. Y es que el ser humano, hecho a imagen de Dios, sólo puede realizarse en Dios. Cuando se rechaza esta vivencia se frustra el sentido de la naturaleza humana: “La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios. El hombre es invitado al diálogo con Dios desde su nacimiento; (...) no vive plenamente según la verdad si no reconoce libremente aquel amor y se entrega a su Creador” (GS 19,1). Es bien conocido que Dios no invade nuestra intimidad, sino que se pone a disposición del hombre respetándole. Por eso el diálogo de la anunciación es paradigma del diálogo que Dios, a través de Jesús, establece con cada cual: “Quiso Dios dejar al hombre en manos de su propia decisión, de modo que busque a su Creador sin coacciones y, adhiriéndose a Él, llegue libremente a la plena y feliz perfección” (GS 17). La libertad alcanza su perfección cuando está ordenada a Dios, nuestra bienaventuranza.

Uno de los mayores retos del joven es la búsqueda de la identidad, ardua tarea vital no siempre facilitada por un contexto ambiental pleno de ofertas (en el fondo: fama, poder, posesión, las tentaciones clásicas) y de suyo compleja por el contraste vivido con el mundo adulto y la acuciante necesidad de respuestas, opciones, decisiones. En el contexto del tránsito hacia la madurez, el joven se experimenta entre la insatisfacción por el presente y la inseguridad por lo que ha de venir, y en un proceso de fragilidad emotiva y existencial que demanda modelos de identificación aunque le cueste asumirlos. Sabemos que el modelo es único: Cristo. Y María es camino cierto hacia Él, al mismo tiempo la más cercana a Jesús y la más cercana a los hombres.

Esta conclusión, evidentemente bíblica y teológica, es fácilmente experimentable para quien se encuentra con Ella, pues es modelo que realiza plenamente su personalidad humana y cristiana, su identidad. María vive descentrada, en completa entrega al otro, como consecuencia de su apertura a la propuesta divina. María es “bienaventurada”, alcanza la felicidad, la dicha plena porque sabe dejar de lado estrechos patrones de felicidad para optar por lo mejor en su proyecto vital. Su identidad se funda en creer, y nos ofrece un modo de vida que merece por completo la pena: ser protagonista desde la humildad, decir sí, arriesgar fiándose, aceptando que su vida sea tomada y transformada totalmente por Dios, para así ser, libre y auténticamente, ella misma en plenitud.

2. *María aprende a madurar como discípula de su Hijo. “Su madre guardaba todo esto en su corazón” (Lc 2,51)*

La fe de María tuvo que ir creciendo a lo largo de su vida. Como nosotros, ella ignoraba el futuro, y también como cualquier persona no comprendía muchas de las cosas que ocurrían en su vida y entorno. Podemos fijarnos en María para descubrir que la maduración es un proceso, que se realiza cada día, en fidelidad a la identidad asumida. Fue la suya una disposición ejemplar por su confianza sin límites, por su apertura, por su paciencia hacia lo que no comprendía. Según san Lucas, cuando Jesús pronuncia sus primeras palabras en público en el pasaje de “El niño perdido y hallado en el templo”, María no lo entiende todo, ni lo que dice ni sus decisiones. María, que guarda en su corazón lo que no comprende, nos invita a volver sobre los acontecimientos de nuestra vida para ir madurando, a partir de ellos, aceptando que no lo controlamos ni sabemos todo, que el camino hacia la madurez es lento y ha de recorrerse con paciencia.

El pasaje bíblico que hemos tomado como referencia nos ofrece además otra buena pista de crecimiento. En él, Jesús cuestiona a su madre sus “buenas costumbres”. No es suficiente que María vaya cada año a Jerusalén a cumplir con los preceptos religiosos: debe plantearse cuáles son los asuntos del Padre de los que habla su Hijo. Incluso en aquellos jóvenes más insertados eclesialmente, que parecen ir recorriendo con cierta serenidad el camino de la adultez, siempre queda

esa pregunta por la auténtica libertad. La madurez no es la meta de algunos, más atribulados o rebeldes, sino también de aquellos otros que ya parecen “saber más”, “comprender” más sobre la vida. Como a María, siempre queda la pregunta por cómo ir más allá en el cumplimiento de la voluntad de Dios, sin conformarse, dispuestos a aprender continuamente de la sabiduría de Dios, que es distinta y más grande que la nuestra, que no se identifica con tantas sabidurías humanas en las que los jóvenes se educan: las modas, la diversión, y ni siquiera aquellas otras mejores como las de los sobresalientes académicos. Dios deja perplejo y sorprende siempre al hombre, pero María se fía y confía sabedora que de allí proviene lo mejor. Guardar estas cosas en su corazón le conducirán a madurar su propio proceso como persona y testigo, como a nosotros, también discípulos.

3. *La afectividad de María: la comunión.* “¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?” (Mc 3,33)

La Buena Noticia del ángel a los pastores es: “Encontraréis al Niño con su Madre María”. María y Jesús juntos, en familia. En efecto, María cuidó la vida del hogar de Nazaret, que se presenta como modelo en el cultivo de todos los valores. Haremos bien en considerar la familia de Nazaret como compuesta de personas que actuaban enfrentándose valientemente con todas las dificultades de la vida gracias a una completa sumisión a las disposiciones de Dios. La verdad sobre esa vida oculta, callada, humilde, de Nazaret la encontramos en el Nuevo Testamento, con toda su sobriedad. Nazaret es ejemplo de normalidad, la vida de María fue como la nuestra, verdaderamente humana, incluso con sus problemas: lo económico, la incomprensión del entorno, las condiciones de un pueblo pequeño, la muerte de José, la educación de un hijo...

Para los jóvenes, a veces rebeldes hacia la familia, a veces creyéndose incomprendidos, a veces con realidades familiares problemáticas por rupturas u otras situaciones, María puede ser modelo de entrega y constancia en lo pequeño, pero siempre fiel, en lo que no brilla pero donde se gesta la salvación, la acogida, el sentido. Nuestras familias pueden no ser ideales, pero son ámbitos de circulación de amor y escuela de lo auténtico, como Nazaret y María son escuela de familia.

Pero este sentido familiar va aún más allá. El descubrimiento de la figura de María empuja a un camino de madurez afectiva. Ella, en efecto, no fue una madre posesiva y celosamente replegada sobre su hijo, sino “mujer que con su fe favoreció la fe de la comunidad apostólica en Cristo y cuya función materna se ensancha adquiriendo en el calvario dimensiones universales” (MC 37). Ya lo había anunciado Jesús con anterioridad: “¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?” (Mc 3,33). Sus parientes son quienes escuchan la Palabra de Dios y la cumplen, como María. Las comunidades cristianas son ámbitos donde se vive la realidad de la hermandad que Dios nos regala en Cristo. Debemos examinar nuestras comunidades y ver hasta qué punto son verdaderamente familia de Dios, es decir, ámbitos donde se viva la hermandad con la libertad de los hijos de Dios. Los jóvenes pueden y deben encontrar en la Iglesia espacios acogedores, familiares, educativos, pero exige poner a punto nuestros modos, revisar nuestras prácticas, construir comunidades donde verdaderamente su voz sea escuchada y puedan sentirse protagonistas y no meros receptores. Este es hoy un reto para la Iglesia, porque nuestras buenas intenciones no siempre logran este objetivo.

La clave de esta afectividad, anclada en Dios y abierta a la comunidad humana la encontramos en dos de los misterios sobre María más citados, pero a menudo incomprendidos entre los jóvenes, quizá por que no acertamos a explicárselos adecuadamente: la inmaculada concepción de María y la concepción virginal de Jesús.

La total exclusión del pecado indica en María la ausencia de lo que separa de Dios. El pecado como connivencia con el mal, como opción equivocada, como división interior y exterior, adquiere el significado de atentado contra la convivencia pacífica y justa con uno mismo y los hermanos. El dogma de la Inmaculada Concepción habla de una existencia radicalmente cordial, abierta a la amistad en el sentido más fuerte, con Dios y las personas, sin egoísmos, porque nada en ella la enturbia. Los jóvenes, que buscan la amistad y se esfuerzan en vivirla aún con contradicciones, pueden entender bien esto y encontrar en María un referente para unas relaciones más auténticas. Del mismo modo, la virginidad de María hace referencia a cómo la salvación esperada en Cristo no brota de las

fuerzas de los hombres sino como regalo de Dios. Del mismo modo, situar hoy la castidad en el marco positivo de unas relaciones maduras y de fidelidad al mejor de los planes para la persona, en lugar de en un esquema de negación o simple deber, puede ser mejor comprendido, sobre todo desde una pedagogía de la sexualidad en la que la gracia de Dios vaya haciéndose explícita, leída con ojos de fe en los más profundos anhelos de entrega mutua y compromiso radical en el amor que indudablemente laten en esa época apasionada, en el mejor sentido de la palabra, que es la juventud.

4. *María, mujer del pueblo, comprometida con él. “Tomó de la mano a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia” (Lc 1,54)*

En el magnificat encontramos una narración y alabanza a la actuación de Dios en la historia de la salvación. Las palabras de Isabel: “dichosa la que ha creído” permiten que María preste voz a los que esperan al Redentor. Muchos son los que hoy viven así en nuestro mundo. Son tantas las realidades que van mal... Sabemos que los jóvenes no suelen ser indiferentes ante ellas, o no al menos de entrada, hasta que se contagian de la indiferencia o inmovilismo de los adultos. Hay una tendencia juvenil a la solidaridad, la utopía por otro mundo late con fuerza en el corazón de muchos jóvenes y María ayuda a situar esas aspiraciones en la perspectiva del Reino de Dios, nos ayuda a mantener viva ese ansia de cambio, sin decaer a la primera ante aquello que no podemos afrontar con nuestras solas fuerzas, como puede suceder a veces en una juventud (y cuánto de esto no nos pasa, de nuevo, a los adultos), que al ver que la transformación es lenta y pequeña, a veces se pasa al más simple individualismo y justificación del orden presente.

El magnificat describe las obras salvíficas de Dios y María se convierte en testigo y cantora de esas maravillas, mujer de su pueblo y de su historia, solidaria con los pobres. Sabe que el brazo de Dios “derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos” (Lc 1,52-53). María es representante de esos pobres que saben de la misericordia de Dios que hace

justicia, a cuyos ojos cuentan los que pasan desapercibidos para este mundo.

María es la mujer que sabe que Dios no permanece impasible, que hay una Buena Noticia en el presente y para el futuro, que el Señor está actuando. Al establecer su reino, Cristo consuela desde ahora al pobre y afligido, sus gestos son signos actuales y anticipos de la victoria definitiva sobre el mal y lo que causa sufrimiento al hombre.

El magnificat es una llamada a la acción, que nos indica un objetivo en nuestra vida y nos fuerza a contemplar la historia en una perspectiva de fe, para saber que el cambio no vendrá sin embargo de nuestro solo empeño sino como gracia de Dios, del que somos instrumentos. La solidaridad y sus obras son el milagro del amor fraterno en Dios. La devoción mariana remite a la solidaridad: incluye la súplica fraterna, el compromiso generoso, el testimonio sencillo y la amistad. La referencia mariana en la vida del joven hace crecer el compromiso con la realidad, porque reconoce ese mismo compromiso en Dios cuando recorre los acontecimientos personales y los de su propio pueblo.

5. *María, la mujer fuerte y acogedora, en medio del dolor.*
“María estaba de pie, junto a la cruz de Jesús” (Jn 19,25)

La Virgen María, desde el momento en que escuchó las palabras del anciano Simeón hasta el momento de expirar su hijo en la cruz, conoció de cerca el sufrimiento, supo muy bien lo que era el dolor y experimentó el sabor de la cruz.

El dolor y el sufrimiento son uno de los problemas más serios que toda persona, más tarde o más temprano, tiene que afrontar en su vida. Los jóvenes suelen vivir en una sensación de invulnerabilidad que a veces es rota de forma dramática e inesperada por situaciones dolorosas en sus propias vidas o las de los más cercanos. Surgen entonces las grandes preguntas por el sentido, por las razones, por cómo encajar esa experiencia, connatural a la vida misma pero a la que sin embargo una cultura hedonista da la espalda o trata simplemente de ocultar. El camino hacia la madurez pasa por la confrontación con el sufrimiento y el dolor, y de la resolución de este proceso depende en buena medida la formación de una personalidad equilibrada, que en lo más pequeño sepa

asumir los esfuerzos y sinsabores de toda tarea, y en lo más grande sepa mantener la esperanza en lo que uno no controla, el sentido en los que nos supera, la confianza de fondo en lo que parece romper nuestro equilibrio.

María, que se mantuvo en pie junto a la cruz de Jesús en compañía de unas pocas personas, consiguió hacer suya la propuesta de su Hijo: “si alguno quiere seguir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (Mt 16,24). Y vivió esa situación intensa y serenamente. Lo importante no es suprimir las “cruces” de la vida, sino descubrir la manera de situarnos frente a ellas. María es maestra para el sentido y el valor del sufrimiento en la vida del joven:

- Enseña a situarse junto a la cruz de Jesús y, en Él y con Él, junto a quien sufre.
- María está junto a la cruz, pero no de cualquier manera sino “de pie”, no derrotada ni desalentada, sino con firmeza, dignidad y esperanza.
- Ella no estaba sola al pie de la cruz. Hemos de acoger la compañía y solidaridad de quienes están a nuestro lado, abriendo el corazón no sólo para la compasión, sino para compartir experiencias y establecer nuevas y sanadoras relaciones.